Una Joya Desconocida

DE

CALDERON

ESTUDIO ACERCA DE ELLA

POR EL

Excmo. Sr. D. Adolfo de Castro y Rossi.

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ETC.

CADIZ

GAUTIER, EDITOR.
1881.

Establecimiento Tipográfico, de J. Benitez Estudillo, Bulas y Murga 8.

Hubiera sido el deseo de algunas de las personas que en Cádiz forman parte de la Asociacion de Escritores y Artistas promover certámenes literarios sobre algunos temas ilustratorios de la vida de Calderon de la Barca, al par que se celebraban fiestas solemnes á su memoria, como dignamente se celebran. Mas la premura del tiempo ha impedido la realizacion de aquel pensamiento.

No desistiendo, sin embargo, de publicar algo acerca de Calderon que encierre novedad, y enseñanza y un testimonio más de lo que como poeta católico valía, se dá á luz este trabajo referente á una obra no conocida como de aquel genio de nuestra nacion, tan admirado de las extrañas.

El autor, á quien acaba de premiar la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas por un *Discurso acerca de las costumbres públicas y privadas de los españoles en el siglo XVII, fundado en el estudio de las comedias de Calderon,* dedica el presente opúsculo á poner bajo este nombre una obra dramático-religiosa que en su mayor parte le pertenece.

Se distribuirán ejemplares gratuitamente entre Corporaciones literarias y científicas, estimados escritores y personas amantes de las glorias patrias.

Distinguidos Prelados, que honran con su amistad al autor, costean los gastos de esta edicion, siendo los que con su afecto á la memoria de aquel sacerdote y poeta han prestado su concurso á un homenaje más de esta ciudad á Calderon de la Barca el Ilustrísimo Sr. D. Jaime Catalá y Albosa, el Excmo. Sr. Dr. José María de Urquinaona, el Ilmo. Sr. Dr. Vicente Calvo y Valero, y el Ilustrísimo Sr. Dr. Tomás de Costa y Fornaguera, dignísimos y preclaros Obispos de Cádiz, Barcelona, Santander y Lérida respectivamente y Capitulares estos tres últimos que fueron de la Santa Iglesia de la primera de las diócesis citadas.

Conste aquí la leal expresion de nuestra gratitud y del más respetuoso aprecio por esta muestra de su ilustracion y deferencia.

En la *Parte Novena de Comedias de varios autores*, (Madrid 1657), se publicó como de tres ingenios una comedia con el título de *La Adúltera Penitente*. El asunto es la vida de Santa Teodora penitente de Alejandría, tomada, en parte, de lo que escribió Simon Metafraste.

Don Juan de Vera Tasis, editor de las comedias de don Pedro Calderon de la Barca, pone en el catálogo de las que se atribuían á Calderon, una que corría manuscrita con el título de *Santa Teodora*.

Que en la primera obra citada se diga que es de tres ingenios no excluye que uno fuese Calderon.

Que éste en la lista que envió de sus obras al duque de Veraguas un año ántes de morir no incluyese á *Santa Teodora* nada tiene de extraño. Ninguna de las que se sabe ciertamente que escribió con otros autores como Rojas, Mirademescua, Montalvan, Coello, Velez de Guevara, Moreto, y otros se halla inclusa en esa lista, reducida á las que compuso á sus solas.

Que Vera Tasis no atribuyese á Calderon la obra, siéndolo, tampoco es argumento poderoso en contrario, pues basta leer los principios del primer tomo de la coleccion de nuestro gran poeta en la *Biblioteca de Autores Españoles*, coleccion ordenada por mi querido amigo el Sr. Hartzenbusch, de tan grata memoria, para convencerse de que el Vera carece de autoridad decisiva en el asunto, no obstante sus buenos deseos.

En ediciones sueltas y no de aquellos dias se designan como autores á Don Gerónimo Cáncer, Don Agustin Moreto y Don Juan de Matos Fragoso que acostumbraban á escribir juntos comedias, cuando los teatros de se

las pedian con urgencia. Pero ni entónces ni despues los libreros ni impresores guardaban exactitud en designar los nombres de los poetas. Los alteraban segun su capricho ó conveniencia. Suelta, resulta impresa una comedia burlesca con el título de *Las Mocedades del Cid*, como obra de Don Gerónimo Cáncer. En la *Parte tercera de Comedias* de Don Agustin Moreto aparece éste como autor de *Las Travesuras del Cid*, que es igual enteramente á la otra.

¿Hay algo de Calderon en *La Adúltera Penitente?* En mi sentir, suyos son toda la jornada primera y la primera mitad de la segunda, el principio de la tercera y dos escenas más hácia el fin de la obra.

Aquel grandioso estilo tan de Calderon revela que pudo él escribir lo que he designado como suyo. Para que fuese de Cáncer el acto primero se necesitaría probar que este poeta más feliz en las burlas que en las veras se acercaba á Calderon en lo profundo de los pensamientos, en la novedad y riqueza de las imágenes y en lo cuerdamente artificioso de los conceptos. Lo mismo puede decirse de Matos Fragoso. En Moreto hay superioridad, pero no llega tampoco á imitar á Calderon de una manera semejante, ya que no idéntica. Léase el *Defensor de su agravio*, medítese *La traicion vengada*, examínese *La fuerza de la ley*, donde hablan maridos celosos y cotéjese con el Natalio de *La Adúltera Penitente*. Este habla con frases recordadas de *El Médico de su Honra*, de *El Pintor de su deshonra* y de *A secreto agravio secreta venganza* de Calderon. En las de Moreto ni hay tales reminiscencias ni pensamientos tan fogosos. Es otro autor el que escribe y por distinto camino.

Calderon era como Rossini en muchas de sus obras. El divino melodista en *Torbaldo* y *Dorliska*, en *Demetrio*, en *Cenicienta*, en la *Zelmira* y otras repetia temas propios, capricho de su delicado númen, de fecundidad tan amena y peregrina.

Como testimonio de esta verdad, voy á señalar aquí algunas de las reminiscencias que solía tener Calderon en sus obras.

En *Amar despues de la muerte*, se lee:

A la falda lisonjera
de este risco coronado,
donde parece ha llamado
á córtes la Primavera...

En *El Mayor monstruo los celos*, hay unos versos parecidísimos:

Por las faldas lisonjeras
de estos elevados riscos...

El auto sacramental alegórico *El Veneno y la triaca*, empieza así:

En la falda lisonjera
deste monte coronado
de flores, de tal manera
que él parece que ha llamado
á córtes la Primavera...

En *La Vida es sueño*, vemos lo siguiente:

—Los traidores vencedores
quedan.
—En batallas tales
los que vencen son leales,
los vencidos los traidores,

pensamiento que se utiliza otra vez por Calderon en *Para vencer amor querer vencerle*:

Para cumplir
con todos, pues represento
los leales, si estoy vivo,
los traidores, si estoy muerto.

En *La Devocion de la Cruz*, dice:

Malhaya el hombre, malhaya
mil veces aquel que entrega
sus secretos á un papel
porque es disparada piedra
que se sabe quien la tira
y no se sabe á quien llega.

En *El Mayor monstruo los celos*, repite este pensamiento:

Mas ¡ay de mí! que no es de él

la culpa, que sólo es mia;
que esto merece quien fía
sus secretos de un papel.

Insistió Calderon en este pensamiento al escribir la comedia *Cada uno para sí:*

Pero ya es tarde. Malhaya
quien tira palabra ó piedra,
cuando no es posible que haya
modo de poder cobrar
la piedra ni la palabra.

Las pruebas de mi opinion no pueden ser más convincentes. Pues esto mismo irá viendo el lector en *La Adúltera penitente*, recuerdos y más recuerdos de las comedias de Calderon, recuerdos propios y no agenos. Y como en las comedias de Matos, Cáncer y Moreto no vemos esta contínua repeticion de pensamientos calderonianos, de ahí no cabe otra cosa sinó inferir que no pudieron ellos ser los autores de *La Adúltera penitente Santa Teodora*, sinó Calderon mismo, hecho justificado por las circunstancias expresadas.

La obra, pues, que se pasa á examinar con insercion de sus más hermosos pasajes es de Calderon evidentemente. U obligado por las circunstancias que le impedian terminarla en plazo breve ó impelido por el deseo de dar á la comedia el atractivo de la pintura graciosa de un lego ó donado, fingiéndose santo, del género del que puso D. Agustin Moreto en el *Lego del Cármen ó San Franco de Sena*, confió á ese poeta varios pasajes de su obra. Con el Sr. D. Luis Fernandez Guerra y Orbe, colector acertadísimo de las comedias de Moreto creo que una parte de la *Adúltera penitente* es de este autor.

Y para el objeto basta con lo hasta aquí expresado.

EXAMEN DE LA OBRA.

I.

Filipo con Roberto su amigo y Morondo su criado, habla lastimosamente de sus amores desdichados; y cuando el primero de ellos le dice,

Siendo casada, es locura
tener á Teodora amor,

responde en estas palabras, alegando con ingeniosos argumentos el derecho que cree tener el hombre sobre una mujer casada, de quien soltera fué amado verdaderamente, habiéndose contraido el matrimonio no por cariño sinó por lo que se llama razon de estado ú otro semejante motivo:

Este mal sufrido ardor,
que consagro á su hermosura,
encendió fiero y tirano
en mí su amoroso empeño,
ántes que diese á otro dueño
el imperio de su mano.
Y como fué introducido
en correspondencia igual,
es carácter inmortal
que no le borra el olvido.
Violentada su belleza,
á Natalio se entregó:
es poderoso y compró
la dicha con la riqueza.
Sujetóse á la porfía

de sus deudos; mas no ignoro
que el bellísimo tesoro
de sus lágrimas vertía;
y su constante aficion
puedo interpretar en ellas,
por ser líquidas centellas
del fuego del corazon.

Por medio de una astucia de su criado que aleje de casa al marido, espera Filipo, y por el soborno de la doncella de Teodora, conseguir la ocasion de hablar á esta.

Roberto le asegura que le guardará las espaldas, diciendo que por la amistad se obliga

aun al empeño mayor,
aunque me admiro de ver
tan segura á una mujer
entre los riesgos de amor.

Filipo entónces le replica con las ingeniosidades, propias enteramente de Calderon, en estos versos:

Aunque es el fuego su asiento,
libre en sus llamas se mira
la salamandra y respira
sin riesgo de un elemento.
Entre las zarzas vecinas
de las fragosas montañas
nace el lirio, y aunque urañas,
le respetan las espinas.
Con repetida porfía,
de aquella fealdad oscura
de la noche, al alba pura
le libra la luz del día.
Sin que amargo sabor cobre,
hay rio, cuyos cristales
conservan dulces raudales,
en medio del mar salobre.
Y así el recato, que veo
en Teodora, ser pretende
salamandra que no ofende
todo el fuego de un deseo,
lirio que ajado y herido
del zarzal no puede ser,
aurora que oscurecer
sombras torpes no han podido,

y rio que nunca deja
lo dulce de su sabor,
esté en el mar de mi amor
ó en lo amargo de mi queja.

Habla el criado á Natalio, que es el marido, describiéndole un empeño de honor en que se halla su amo, el cual necesita de su auxilio. Natalio se lo ofrece y que seguidamente irá á buscar á Filipo; más ántes pasa á despedirse de su esposa, teniendo con ella este coloquio, uno de los más delicados que Calderon ha escrito:

Nat. Bellísima emulacion
del planeta más luciente,
á cuya veneracion,
en llama pura y decente
sacrifico el corazon.

En los amenos verdores
del jardin tanta tristeza
pudo templar sus rigores,
viendo que de tu belleza
eran retrato las flores.

Para copiar con primor
tu frente, playa serena
donde está en calma el amor,
todo su hermoso candor
pródiga dió la azucena.

En tus mejillas traslada
la rosa su pompa breve,
pues en ellas imitada
se vió su purpúrea nieve,
ó su púrpura nevada.

En tu boca el encendido
clavel quedó convertido;
y el que en tan dichoso empeño
acertó á ser más pequeño,
ese fué más parecido.

Para tus ojos no había
comparacion en el suelo;
y por lograr su porfía,
amor que el retrato hacía
dos astros le pidió al cielo.

Y como tú en el raudal
te mirabas de una fuente,
de esta copia celestial

parecía la corriente
limpio viril de cristal.
Pero el aumentar así
tu tristeza fué preciso,
si al ver tu hermosura allí
quedaste, como Narciso,
enamorada de tí.

Teo. Este mal con que porfío,
esta pasion que me inquieta,
noble esposo y dueño mío,
á cuya ley se sugeta
sin violencia mi albedrío;
Esta triste confusion,
este dolor no entendido,
que hace en mí tal impresion,
se apodera del sentido
con tirana posesion.

Nat. Si es capaz la variedad
de las galas alegrarte,
ofreceré á tu beldad
todas las que labra el arte
en fé de la vanidad.
De los diamantes que cría
el Ganges, cuna del día,
con primorosos encajes
hará ricos maridajes
el metal que Arabia envía.
El imposible mayor
fácil será á tu deseo.

Teo. Todo me sobra, señor,
pues acreditadas veo
las finezas de tu amor.
Siempre de amante y de atento
conmigo te califico:
generoso y opulento
me obligas, pues eres rico
sin la pension de avariento.
No echo ménos cosa alguna,
ni de tan vanos cuidados
nace mi pena importuna;
que en tu casa están sobrados
los bienes de la fortuna.

Nat. Ya la causa temeré,
pues la recata tu labio

Teo. Aun yo misma no la sé.

(Si viene á ser en su agravio
¿cómo decirla podré?)

Nat. *Melancólico accidente,*
pues que causa no ha tenido, (*)
es el que tu pecho siente;
y en tanto que divertido
alguna tregua consiente,
De tí cierta diligencia
me aparta por ser precisa.

Teo. No sea larga la ausencia,
que ya presto el sol avisa
que se aleja su presencia
dando una luz indecisa.
No logre en tu dilacion
la codicia su osadía,
pues por tener opinion
de rico en Alejandría,
ya sabes que han intentado
para robarte escalar
tu casa.

Nat. El más estimado
tesoro en tí viene á estar
y en tu hermosura cifrado.
Y pues le tengo seguro,
y es mi bien tan superior,
en lo demás ¿qué aventuro?...

Quédase sola Teodora con su criada Julia, teniendo

(*) En CASA CON DOS PUERTAS de Calderon se lee:

Si yo, señor, supiera
la causa de mi mal ..
pero la pena mía
es, señor, natural «melancolía»
y así el efecto hace,
sin que llegue á saber de lo que nace;
que esta distancia dió naturaleza
en la melancolía y la tristeza.

En ¿CUÁL ES MAYOR PERFECCION? se repite este pensamiento:

—No sé más
de la necia pasion mía,
que lo que en su extrañeza
«con causa» fuera tristeza
«sin ella» es melancolía.

En NO HAY COSA COMO CALLAR igualmente se dice:

Toda melancolía
«nace sin» ocasion y así es la mía;
que aquesta distincion naturaleza
dió á la melancolía y la tristeza.

Como se vé, este era un pensamiento favorito de Calderon.

lugar la relacion de sus penas de un modo tan originalmente poético en el género fantástico, que iguala á lo más sublime que se ha escrito por el gran dramático:

Teo. Pues he fiado de tí
siempre todas mis pasiones,
no es bien tenerte escondida
la que me tiene oprimida;
y advierte que te refiero
el capítulo primero
del volúmen de mi vida;
Porque en la estrella violenta
que me persigue interpreto,
que corresponder intenta
aquella causa á este efeto.
Jul. Pues empieza.
Teo. Escucha atenta.
De nobles padres nací
en la grande Alejandría,
con prodigiosos anuncios,
que mi pecho atemorizan.
La noche que del materno
centro, en que fuí concebida,
salí al piélago del mundo,
mar, en que todos peligran,
sobre mi casa en el aire
se vió una antorcha lucida;
y los que vieron entónces
aqueste prodigio afirman
que una nube oscura y densa
manchó su luz pura y limpia;
y que de allí á breve espacio
aquella luciente envidia
del Sol, libre del grosero
vapor, que la oscurecía,
quedó más resplandeciente;
y volando introducida
á una superior esfera
corrió la region vacía,
pájaro de fuego, siendo
las alas sus luces mismas.
Yo no sé si estas señales
el bien ó el mal significan,
pues aunque impresas en él,

cuando el asombro las mira,
se observan como portentos,
no se entienden como enigmas.
Filipo entre los recatos,
(que en esto correspondía
á mi sangre y á mi estado)
por mi amante se publica,
y con pretension de esposo
encendió la llama estiva
de amor en mi casto pecho;
pero mis deudos que admitan
á Natalio por mi dueño
resuelven y determinan.
Y como ya aquel incendio
hallado materia había
á sus centellas dispuesta,
aunque cuerda y advertida,
despues acá mi intencion
consumirle solicita.
De mis lágrimas el agua
le acrecienta y no le alivia,
y el aire de mis suspiros
más que le apaga le aviva;
y así temer puedo el daño;
pues yerra quien imagina,
que se asegura del fuego,
si ardiendo están las cenizas.
Y viendo que mis temores
de aqueste riesgo me avisan,
apesar de mi pasion,
áspid que mi pecho abriga,
me resisto, como sabes,
de Filipo á las porfías.
Y en medio de estas finezas,
con que mi honor se acredita,
negando el paso á sus ansias,
huyendo siempre su vista,
y cerrando las ventanas
á sus quejas repetidas,
porque intérprete veloz
el viento no me las diga,
un día por divertirme
ó librarme de mí misma,
bajé sola á ese jardin,
(aquí empieza la noticia

que te ha de informar la causa
de mis tristes fantasías;)
y discurriendo suspensa
por sus estancias floridas,
llegué al sitio, en cuyo espacio
ó concavidad sombría
gruta artificial componen
escollos que el arte imita;
el torcido caracol
que el mar jaspea y matiza,
ganchos de bruto coral
puestos entre pardas guijas,
la rayada concha, el nácar,
cuyos visos tanto brillan
que parece que en el techo
de aquella roca finjida,
dejan su cristal cuajado
los caños que la salpican.
En las estátuas que adornan
con perfecta simetría
la fuente que está en la gruta,
atenta puse la vista.
Su primoroso artificio,
obra de mano prolija,
es de un adúltero amor
representacion indigna.
Allí en los brazos de Marte
la fé de su dueño olvida
Vénus; y aunque los recata
raudal que se precipita
sobre los dos, es de suerte
que presume quien los mira
que debajo de un cendal
trasparente se divisan.
Su tálamo es la corriente,
siendo sus espumas rizas
campaña de plata, adonde
amorosamente lidian.
Amor, fijando en el agua
municiones cristalinas,
á sus pechos, desde un risco
líquidos arpones tira.
Del torpe ejemplar quedé
acosada y combatida,
aunque el ofendido esposo

mis impulsos correjía,
pues con tal imitacion
su propia afrenta examina,
que parece que la siente
con demostraciones vivas.
Pero si el dolor que causa
una deshonra creida
es tan eficaz ¿qué mucho
que hasta en un mármol se imprima?
Trabóse en mi pensamiento
una batalla rompida
de dos contrarios afectos;
y á las recias baterías
de aquella pelea el sueño
sirvió de tregua sucinta.
Con su verde amenidad
me dejó apénas dormida
aquel sitio, cuyas sombras
apacible horror publican,
cuando en sueños el temor
no deja que lo repita.
Una fantástica imágen
me sobresalta y me admira.
Humana presencia de hombre
en ella se conocia:
rostro espantoso, cabello
que en remolinos se enriza,
y del oscuro Leteo
las negras ondas imita. (*)
Negro tambien era el traje,
lleno de estrellas lucidas,
pues del manto de la noche
parece que se vestía.
Aunque ostentaba señales
de príncipe, la lascivia,
el deleite y la torpeza
deben de ser sus provincias.
De esta suerte á mí se llega
la sombra, que el viento pisa,
y con imperioso acento

(*) Negro el cabello imitador undoso
De las oscuras aguas del Leteo

dijo Góngora en el POLÍFEMO. Calderon tambien recordó versos del mismo autor en la misma obra diferentes veces. EN LA CUEVA DE SAN PATRICIO tiene dos octavas en que pone frases de aquel poema.

escuché que me decía:
«Premia el amor de Filipo;
tu esposo no te lo impida;
los mármoles de esta fuente
con mucho ejemplo te incitan.
No te resistas en vano,
pues cuando quedes vencida,
te disculpa el ser compuesta
de materia quebradiza;
y así á combates de fuego
muros de cera se rindan.» (*)
Desperté toda asustada,
sin valor, sin osadía;
y desde entónces no hay noche
que no me acose y persiga
esta vision, repitiendo
sus espantosas porfías.
Pero el cielo, que en el riesgo
sus favores comunica,
á tiempo que me recuerda
esta violencia enemiga,
dejándome con su impulso
casi al error persuadida,
me ofrece un auxilio, efecto
de sus piedades divinas;
pues como está nuestra casa
á ese oratorio vecina
ó congregacion, adonde
se juntan de Alejandría
los varones virtuosos,
y allí de noche se aplican
á devotos ejercicios,
porque de aviso me sirvan
para no caer escucho
con grave y triste armonía
advertencias de la muerte,
desengaños de la vida.
Esta es la causa, que tengo
para las tristezas mias,
la que mi discurso altera,
la que el sosiego me quita;
pero aunque acredite el sueño

(*) De un ardid semejante se vale el Demonio en El Mágico prodigioso, contra la castidad de Justina en un jardin, presentàndole torpes fantasmas y provocándola al amor con las plantas, los pájaros y las flores.

ilusiones que fabrica,
aunque me obligue Filipo,
aunque mi pena me oprima,
no ha de conseguir su esfuerzo
que se ordene mi desdicha,
que ciega ofenda á mi esposo,
que yo me falte á mí misma,
que pierda el respeto al cielo,
ni que ocasione atrevida
que en las hojas de la fama
quede mi deshonra escrita.

¿Hay algo más bello que la descripcion de esa fuente, más grandioso, que la de las tentaciones de Teodora y la de su alma en esa lucha entre el amor y el deber? Nada tiene que envidiar la obra de Calderon en esta escena del jardin y semejantes sueños, á los ensueños y al jardin de Margarita en el *Fausto* de Goethe.

Es de noche. Luzbel aparece como se describió ántes, vestido de estrellas, y dice:

Fuí la mayor estrella;
el Sol fué con mi luz breve centella.
Ví la imágen del hombre;
ofendióme su nombre,
y con la rabia que en mi pecho lidia,
buscando la soberbia, hallé la envidia.
Con ella solicito mi venganza,
robando á Dios su misma semejanza.
Despéñese Teodora;
despéñese Filipo que la adora.
Piérdanse, pues, dos almas, dos ideas
del divino pincel, pero tan feas
que he de ver, de mi agravio satisfecho,
como blasona Dios de haberlas hecho.
Valiéndose del sueño mis porfías,
la persigo con tristes fantasías.
Permision me dá el cielo
para que turbe mi infernal desvelo
la paz de estos casados;
mas aunque se previenen mis cuidados
de medios convenientes,
como ignoro futuros contingentes,
no sé que privilegios soberanos

para que salgan mis designios vanos
reconozco en Teodora, y es de suerte
que no teme la muerte
el mayor pecador, como yo ahora
temo el recogimiento de Teodora.
Pero será Filipo el instrumento
con deshonesto amor, á quien aliento
para que asalte el muro defendido.
El medio he prevenido
para facilitar las ocasiones,
pues llegan á la calle los ladrones,
ya conducidos por impulso mío
para escalar su casa, y de ellos fío
esta primera accion.....

Arrojan los ladrones una escala al balcon de Natalío; les falta acierto. El espíritu infernal, tomando la forma del capitan de ellos, lanza la escala, y ésta queda sugeta. Recuérdese que Calderon en *El Mágico prodigioso* finge que el demonio para deshonrar á Justina baja en una noche por una escalera desde los balcones de ella para que sus amadores, que rondaban la calle, creyesen que era un galan favorecido. Aleja con apariencias fantásticas de gentes á los ladrones. Filipo con su criado llega; tropieza con la escala, estando invisible el espíritu rebelde y tiene lugar una de las escenas más imponentes que se conocen en poemas y dramas fantásticos y religiosos. La facilidad que se presta á un vehemente amor no satisfecho, los ecos de la fé que tocan á la conciencia de Filipo y las sugestiones infernales, todo enlazado contribuye á la sublimidad de un pasaje que no puede leerse sin admiracion y que revela bien claramente la pluma del génio que lo ha trazado

Fil. Cuadrilla de ladrones fué sin duda
la que el silencio de la noche muda
con estruendo alteraba,
y acosados de gente que pasaba,
la calle despejaron,
y este indicio evidente se dejaron.
(Retírase Morondo.)

Mor. Mira, señor...

Fil. Qué loco desatino!
Aparta, que lograr quiero el remedio.
Dem. (Él dá la ejecucion, pero yo el medio.)
Fil. La calle está en silencio y no ha salido
nadie, que estorbe error tan atrevido,
de ese recogimiento
adonde acuden con cristiano intento
los que por dar de su virtud indicios
se juntan á ejemplares ejercicios.
Mi dicha sin su estorbo se consiga.
Miéntras al cielo obliga
su devoto desvelo,
mi despeñado amor ofenda al cielo.
Yo ¿para qué los medios solicito?
Para satisfacer á mi apetito.
Yo para qué porfío loco y ciego?
Para templar mi riguroso fuego. (*)
Pues el alma que amante no sosiega
¿qué puede recelar cuando se entrega
á tan dulce letargo?
(Música dentro.)
Larga cuenta que dar de tiempo largo. (**)

(*) Recuérdese que Teodora habla ántes acerca de esta congregacion donde una voz acompañada de un instrumento le intimaba la muerte y los desengaños de la vida. El autor preparando con gran artificio el efecto, viene á hacer el contraste con aquellos versos del «desengaño de la vida humana y memoria de la muerte»

Yo ¿cómo vine al mundo? Condenado.
¿Dios cómo me libró? Dando su vida,
. . . .

octavas glosando aquella tan sabida que empieza

Yo ¿para qué nací? Para salvarme.

(**) Es el primer verso de una octava que así dice:

«Larga cuenta que dar de tiempo largo,»
término breve, tránsito forzoso,
terrible tribunal, juicio amargo,
aun á los mismos santos espantoso,
muchas las culpas, débil el descargo
recto el juez y entónces riguroso,
pleito en que vá el gozar de Dios eterno
ó penar para siempre en el infierno.

Se halla glosada en octavas, así como un soneto, todo «al desengaño» del hombre. Los tengo impresos en un pliego suelto, (Madrid 1657, por María de Quiñones.) Debieron ser muy estimados como tan propios del ascetismo del siglo. Calderon en La Niña de Gomez Arias glosó aquella copla ascética tambien como dichas por una calavera:

Tú que me miras á mí
tan triste mortal y feo,
como tú te ves me ví,
veráste como me veo.

Fil. Parece que ese acento,
articulada rémora del viento,
embarazarme quiso,
y de un acaso me formó un aviso.
Dem. (Aunque la voz le impida á mi despecho,
impulsos mios, incitad su pecho.)
Fil. Pero al tiempo que llego á ser dichoso,
me acuerda este rigor armonioso
de mis dias el término postrero
en medio de mi amor. No considero
cuál de las dos me sea concedida,
temprana muerte ó dilatada vida.
Voy á turbar las luces á Teodora;
no es ocasion de discurrir ahora
cuál será más posible.
(Música dentro.)
Que tengo de morir es infalible. (*)
Fil. Que vuelva atrás me advierte
esta triste amenaza de la muerte.
Dem. (Esta voz, que á otro intento corresponde.
al suyo como oráculo responde.
Contra él mis incendios se desaten.)
Fil. Dos contrarios impulsos me combaten,
si aquestos son recuerdos sobrehumanos.
Dem. (Su discurso cegad, gustos profanos.)
Fil. Mas ¿hé de malograr tales empleos?
Dem. (Arded agora en él, torpes deseos.)
(Llega Filipo á la escala.)
Fil. Mi amor escale el recatado muro.
En seguir mi dictámen ¿qué aventuro?
¿qué riesgo que á dudar pueda obligarme?
(Música dentro.)
Dejar de ver á Dios y condenarme. (**)
Fil. No hay asombro que ya me persuada,

(*) Segundo verso de otra octava igualmente al desengaño de la vida humana y memoria para la muerte, obra sublime de D. Fray Pedro de Oña

Yo ¿para qué nací? Para salvarme
«Que tengo de morir es infalible.»

(**) Tercer verso de la anterior octava

«Dejar de ver á Dios y condenarme»
triste cosa será, pero posible.
¡Posible! ¿Y rio y duermo y quiero holgarme?
¡Posible! ¿Y tengo amor á lo visible?
¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En qué me encanto?
Loco debo de ser, pues no soy santo.

Todos los versos estos se encuentran glosados así mismo en octava rima.

pues de mi propio error aconsejado,
(Ya ha de tener puestos los piés en la escala.)
esta libre pasion que así me inquieta
ni á las leyes del cielo se sugeta.

Entra Filipo en la casa. El Demonio dice:

Ya Teodora, aunque blasona
de atenciones y recatos,
se ha rendido á la violencia
de tan repentino asalto;
y ya dentro de su casa
estoy, porque mis estragos
ocasionen otro exceso
en su pecho, despertando
un delito á otro delito.
Todo se vuelve en agravio
del cielo, pues me desata
con su permision los brazos.

El coloquio entre Teodora y Filipo despues de la culpa está notablemente escrito. La expresion del arrepentimiento en ella y del hastío en él descubren el portentoso talento del pintor de las pasiones Calderon de la Barca.

Teo. Instrumento de mi ofensa,
ya te miras coronado
de trofeo tan injusto.
Ya mi honor queda arrastrando
la cadena de la infamia,
y le tratas como á esclavo,
pues que ya impreso en mi rostro
su propio hierro has dejado.
Huye de mi vista luego,
pues si detengo tus pasos,
parecerá que me sirve
de lisonja el mismo agravio.
Abierto el postigo tienes
del jardin, porque escusando
el escándalo segundo,
no profanes mi recato.
¿No respondes? Siendo tú
primer causa de mis daños
se acredita de grosero
el silencio de tu labio.

Fil. (Despues que llegó á ser dueño
el que fué amante ¡qué escaso
en las lisonjas se muestra!)
Teo. Cuando de peligros tantos
cercada estoy.....
Fil. (El deseo
siempre se está fatigando
por hallar la posesion,
y siempre muere á sus manos.)
Teo. Cuando á cada paso juzgo
que tengo el puñal airado
de mi esposo junto al pecho...
Fil. (¡Qué prolijos embarazos!)
Teo. Y cuando sospecho ¡ay triste!
que te han visto mis criados
¿nó aliviarás...
Fil. ¡Queja ociosa! (*)
Teo. Mis cobardes sobresaltos?
Fil. ¿No he de enmudecer, sintiendo
dejarte entre los alhagos
de tu dueño? (Así disculpo
que heladamente me abraso.)
Teo. Bien haces; de mi presencia
te aparta en ligeros pasos,
porque mi ofendido dueño
puede venir
Fil. Pues ya acabo
de asegurar tus temores.
(Vase.)
Teo. ¿Que con desprecios tan claros
se vaya? ¿Que una mujer
á tan groseros agravios
se sugete? Aunque á ser mala
siempre me hubiera inclinado
para enseñarme á no serlo
bastaba este desengaño. (**)

(*) Calderon en El Purgatorio de San Patricio.
En mí
es amor una lisonja,
que no pasa de apetito,
y esta ejecutada, sobra
luego al punto la mujer
más discreta y más hermosa.

(**) En La Niña de Gomez Arias dice éste despues de haberla perdido:
Pero ya ¿para qué es buena?
pues no hay cosa que más valga

Apaga la luz el demonio y sigue una escena de grandes contrastes; por una parte el dolor de ella y sus remordimientos y por otra las sugestiones del mal espíritu para acabar de perderla, haciendo que huya de la casa conyugal.

Teo. La luz han muerto ¡ay de mí!
Dem. (Un abismo sea formado
ahora en su pensamiento
de riesgos imaginados.)
Tu esposo escuchó que hablabas
con Filipo.
Teo. Que ha llegado
mi esposo me dice el alma.
Dem. Y se ha encubierto apagando
la luz.
Teo. De mi pensamiento
no son los recelos vanos.
Dem. Que ha de matarte es preciso.
Teo. ¿Qué haré, si la muerte aguardo?
Dem. Dejar tu casa, pues ya
tu deshonra has publicado.
Teo. ¡Bien me aconseja el discurso!
pero será hacer más claro
mi yerro.
Dem. (Porque se arroje
á impulso tan temerario,
ya me valgo de su esposo.)
Nat. *(Dentro.)* Teodora! Julia! Criados!
Teo. La voz de Natalio escucho:
cobarde apresuro el paso.
Dem. *Lo que pierde la atormenta.*
Teo. *Patria, albergue, honor, descanso,*
por mi desventura os pierdo.
Dem. *(Su error la vá ya acosando.)*
Teo. *Linaje ilustre, que afrento,*
noble dueño á quien agravio,
huyendo voy... (*)

---

que una hermosura, ni ménos
que una hermosura gozada.

(*) Recuerdos de El pintor de su deshonra, (Jornada III.)

¿Pensaste ¡ay de mí! que fuera
mi decoro tan liviano
. . . .
y mi proceder tan otro

Dem. (Desespere
del auxilio soberano.)
Teo. De su venganza.
Dem. (Confusa
muera en su mismo pecado.)
Teo. Pero el de los cielos temo
más que no el castigo humano.

Huye Teodora. Torna á su morada Natalio, y en un soliloquio, que compite con los mejores de Calderon en sus parecidas obras, demuestra la fuerza de su amor, sus dudas y sus celos.

Otra vez llamarla quiero...
¡Teodora! En vano la llamo,
pues sólo es el eco triste
quien responde á mis cuidados.
Y aunque con mi voz la busco,
con mi voz me desengaño.
Prendas suyas por el suelo
mis ojos van encontrando,
que confirman ¡ay de mí!
la turbacion de sus pasos.
Ya no hay mal que no recele
contra el decoro sagrado
del honor; pero ¿qué arguyo?
Miente el recelo villano:
miente cualquiera apariencia
mas lo que podrán pensar
los que la vieren faltar
a lo peor me sentencia
pues su duda ó su evidencia
á nadie honrado le hace:
del concepto ageno nace
la honra propia, y así
no me satisface á mí,
si á todos no satisface.
Hallar desea en su ayuda
algun indicio mi amor;
mas de ausentarse el error

---

que me hubiera consolado
«de haber en un dia perdido
»esposo, casa y estado
»honor y reputacion»
con sólo hallarme en tus brazos?
. . . .

no dá lugar á la duda.
Claros astros, noche muda,
guiad mi venganza fiera;
pero aunque seguirla quiera
¿cómo he de alcanzar, cargado
de un agravio tan pesado
á una mujer tan ligera?
Mas ya que á entender su culpa
me obligan indicios tantos,
la buscaré, aunque la esconda
el centro más ignorado
de la tierra ó ya el abismo
en sus profundos espacios.
Peregrinando sugeto
al dictámen de mi agravio,
fatigaré incultos montes,
pisaré desiertos campos,
navegando nuevos mares,
discurriendo climas varios,
siendo piedad de los cielos,
de los hombres y los hados,
con la deshonra que llevo,
con el fuego en que me abraso.
Y si no hallare la causa
de tan afrentosos daños
hallar la muerte aguardo,
que es la dicha mayor de un desdichado. (*)

(*) Esta manera de terminar la relacion el esposo ultrajado, recuerda la de D. Gutierre en el El Medico de su honra.

Pero cese el sentimiento,
y á fuerza de honor, á fuerza
de valor aun no me dé
para quejarme licencia
porque adula sus penas
el que pide á la voz justicia de ellas

. . . .

Que al Sol una nube negra,
si no le mancha, le turba,
si no le eclipsa, le hiela,
que injusta ley condena
que muera el inocente y que padezca.

Doña Mencia en la misma obra tiene una pequeña relacion que así termina:

Y así mi honor en sí mismo
se acrisola, cuando llego
á vencerme, pues no fuera
sin experiencia perfecto.
¡Piedad, divinos cielos!
viva callando, pues callando muero.

Calderon en El Pintor de su deshonra dice:

II.

Así como en *El Pintor de su deshonra* Serafina esposa de D. Juan, siendo robada sin su voluntad por D. Alvaro su antiguo amante, solicita que sea sepulcro suyo un cláustro donde ignorada viva, Teodora en hábito de hombre entra en la religion de Elías, con la proteccion del cielo, que le desfigura el rostro, á fin de que en vista de su arrepentimiento verdadero pueda redimir por la penitencia sus culpas viviendo desconocida.

Allí el genio del mal la persigue. Por las cercanías del convento vagaba Natalio con desesperacion buscando á su Teodora, porque la fuerza del amor le obligaba á creerla inocente.

Teodora era el lego encargado de despertar al alba á los religiosos para que acudiesen á los maitines, y el autor nos la presenta profiriendo unas reflexiones en décimas con el estilo encantador que Calderon usó preferentemente en muchas de sus obras:

El pájaro, que del prado
fué dulce animada lira,
cuando al árbol se retira
del blando sueño llamado,
apénas del Sol dorado
vé la cortina entreabierta,
cuando las plumas concierta,
y deja el gustoso nido;
y ¡sólo el hombre dormido
llamándole aun no despierta!

«La dicha de un desdichado»
siempre de un acaso nace.

El mismo autor en GUSTOS Y DISGUSTOS SON NO MAS QUE IMAGINACION, (Jorn. I,) pone estas palabras en labios de una muger celosa:

Más ¡ay triste!
qué vana es y qué ligera
la vida del desdichado!

La honesta encendida rosa,
del abril adulacion,
cuando en el verde boton
adormecida reposa,
apénas el alba hermosa
la dora con luz incierta,
cuando alegre y descubierta
sale del lecho florido;
y ¡sólo el hombre dormido
llamándole aun no despierta!
El bullicioso arroyuelo,
que libre el campo corrió,
y cansado se durmió
en el regazo de hielo,
apénas vé sin recelo
que el verano abre la puerta,
cuando su corriente muerta
cobra el curso suspendido;
y ¡sólo el hombre dormido
llamándole aun no despierta!
El más silvestre animal,
despues de la noche fría
se levanta con el día
por instinto natural.
Sólo el hombre racional
dormido está á los luceros,
del sol anuncios primeros,
y más que todos sin fé,
yo, Señor, si desperté,
desperté para ofenderos. (*)

(*) Estas décimas son del mismo género que las del primer acto de EL MÓNSTRUO DE LA FORTUNA, LA LAVANDERA DE NÁPOLES, FELIPA CATANEA, escrito por Calderon:

Nace con belleza suma
el ave, al hielo temblando,
y apénas mira el Sol cuando
se halla vestida de pluma, etc.

En LA VIDA ES SUEÑO hay otras parecidas, que son tan afamadas:

Nace el ave y con las galas
que le dan belleza suma, etc.

En el auto sacramental LA VIDA ES SUEÑO tiene otras semejantes.

Mirademescua en NO HAY DICHA NI DESDICHA HASTA LA MUERTE quiso imitar á Calderon en ellas:

Desnudó el invierno frío
estas ramas del jazmin,
monarca de este jardin,
y las albas del estío
llorando en él su rocío
restauraron su belleza, etc.

¡cuán lejos quedó del original!

El abad ordena á Teodora que salga con otro lego á recoger la limosna por los campos y al propio tiempo á auxiliar á un hombre infeliz que furioso los recorría. Ella, en la campiña ya, exclama de este modo recordando sus culpas y alabando la divinal misericordia:

Yo cometí un pecado escandaloso,
y fué, Señor, mi culpa tan inmensa
que dos ofensas hice en una ofensa:
os ofendí cuando ofendí á mi esposo.
Mas vos, dulce Jesús, sois tan piadoso
que cuando el hombre disgustaros piensa,
en vos halla el enojo y la defensa,
y os templais vos á vos lo riguroso.
Él por cobrar su honor querrá matarme;
y huyendo su rigor endurecido
en vuestra casa he entrado á retraerme,
Y vos, Señor, en vez de castigarme
sin mirar en que sois el ofendido,
vuestra capa me echais para esconderme.

(Dentro villanos.)

1.° Huye, Flora, del rigor
del loco.
2.° Huye.
Nat. *(Dentro.)* No huyas
de mí. ¿De qué os recelais,
si es mi locura de amor?
1.° Huye digo.
Flora. *(Dentro.)* Huid los dos.
Teo. Que este es el hombre imagino...
Darle voces determino.
¡Ah hermano! en nombre de Dios,
que todo bien atesora,
le llamo.
Nat. *(Dent.)* Esposa querida.
Teo. Dios sólo es salud y vida.
Nat. *(Dent.)* ¡Teodora! ¡Mi bien! Teodora.
Teo. Mi esposo es ¡triste agonía!
Señor! acordaos de mí.

Sigue una escena de una originalidad sorprendente. Natalio oyó la voz de su esposa, pero no la conoce desfigurada como estaba. La voz de ésta por permision divina se altera tambien. Natalio, creyendo hablar con

un santo varon, le refiere sus cuitas con pensamientos de tanta vehemencia amorosa, que no pueden ser leidos sin admiracion verdadera. No es ménos sublime Teodora, luchando con el amor y la gratitud á su esposo, temiendo darse á conocer y viendo su peligro mayor en aquel cariño que podía apartarla de la penitente vida.

Nat. Por aquí la voz oí.
¡Teodora! ¡Teodora mía!
Yo la escuché. ¿Si la ampara
el vago viento veloz?
Teo. Mi Dios, trocadme la voz,
pues me borrasteis la cara.
Nat. Teodora, tu esposo soy
regala otra vez mi oido
con tu voz. ¿Dónde te has ido?
Padre ¿visteis... ¡loco estoy!
una mujer que igualarla
no puede el Sol que mirais?
Teo. Y ¿para qué la buscais?
Nat. ¿Para qué? Para matarla.
Teo. Tiemblo de verle severo.
Nat. *Y hacerla dos mil pedazos*
entre mis amantes brazos, (*)
que la enlazaron primero.
Pero ¿por qué tanta pena
mi tierno amor la señala,
que si Teodora fué mala
dónde ha de haber mujer buena?
Miente el vulgo que murmura,
miente mi imaginacion,
porque no cupo traicion
en tan honesta hermosura.
Mi desdicha la ausentó
aquel infelice día,
que quien no la merecía
justamente la perdió.
Perdone el necio decoro
de quien mi amor se defiende;
que yo no sé si me ofende

(*) Entre mis membrudos brazos
te tengo de hacer pedazos.
(La Vida es sueño. Jornada I.)

y sé muy bien que la adoro.
Para idolatrarla intento
buscarla por monte y valle.

Teo. (¿Cómo podrá consolalle
la causa de su tormento?)

Nat. ¿Adónde amante y rendido
hallaré el bien que perdí?
Mas sin duda estuvo aquí,
pues dejó el campo florido.
Flores, decidme su esfera...
mas no lo querreis decir
que en sus piés os vá á venir
otra mejor primavera. (*).
Aves, que al Sol haceis salva,
sin duda de ella sabreis,
si no es que ya no canteis
dulces requiebros al alba.
Arroyo en aqueste empleo
que ciegamente conquisto,
¿rieste de haberla visto
ó de que yo no la veo?
Hiedras, decid de mi bien,
y no me dejeis penar,
y pues que *sabeis amar*
sabed consolarme bien.
Todos amais, aves, flores,
arroyos, hiedras *constantes*,
y pues todos sois amantes
mirad que muero de amores. (**)

(*) Calderon en A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA hace que el gracioso diga á D.ª Leonor.

Refelice yo que he dado
el primero labio mío
á la estampa de ese pié,
que lleno de flores fué
primavera del estío.

(**) Esta relacion es un como recuerdo de lo que dice Leonor en A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA:

Quéjase una «flor constante»
si el aura sus hojas hiere,
cuando el Sol caduco muere
en túmulos de diamante.

. . . .

Quéjase porque «amar sabe»
una hiedra si perdió
el duro escollo que amó,
y con acento suave
se queja una simple ave.

Teo. (Mi Dios, en este rigor
con que indeciso delira,
no está mi riesgo en su ira:
mi peligro está en su amor.)
Del mal, que os llega á afligir,
pedid el alivio á Dios.
Nat. Nadie, padre, si no es vos,
mi mal me ha querido oir.
Teo. Yo hago lo que me mandais
en vuestra obediencia justa.
Nat. Direos lo que me disgusta,
ya que así me consolais.
Yo con Teodora, á quien amé constante,
me desposé, de su beldad rendido,
sin que llegase á ser ménos amante
con las seguridades de marido;
y el yugo que al romperlo es de diamante
nos ajustó, tan blandamente unido
que nuestro mismo amor lo sustentaba,
y pesando en los hombros, no pesaba.
Cuanta fé, cuanto amor, cuanta firmeza
cupo en un alma que constante adora,
le ofreció en sacrificio mi firmeza;
mas ¿qué mucho, si el Sol que la enamora
nunca pudo igualar á su belleza,
cuando ni bien es Sol, ni bien aurora?
Pero ¿de qué me admiro, dura estrella,
que fuese ingrata quien nació tan bella?
La blanca nieve, que en su frente ardía,
mudando de region con dulce asiento,
entre encendidos rayos asistía,
que de dos supo hacer un elemento;
y enmedio de la luz de tanto día,
negros sus ojos son, y es con intento
que quiso por robar más sin ruido
que en sus ojos hubiese anochecido.
No llegó á imaginar su gusto cosa,
que no se la cumpliese yo á su gusto,
más fácil miéntras más dificultosa;
y cuando yo más fino ¡qué disgusto!

. . . .
¿Qué mucho, pues, que mi aliento
se rinda al dolor violento
si se quejan monte, piedra,
ave, flor, eco, Sol, hiedra, etc.

en ella me miré ¡pena rabiosa!
de mis brazos faltó ¡pesar injusto!
y desde entónces mi desdicha crece...
Parece que mi pena os enternece?

Teo. Vuestro pesar me tiene lastimado.
(Dios mio, yo no sé de qué han nacido
estas lágrimas tiernas que he llorado;
mas si en ellas tuviere mi marido
alguna parte, á espaldas del pecado,
que allá las distingais, Señor, os pido;
y pues salen confusas é importunas,
llevaos las más; pero dejadle algunas.)

¡Octava sublime y conceptuosa! No puede mejor ni más originalmente expresarse la contricion de Teodora, conmovida por el amor, la ternura y los sufrimientos del esposo, á quien ella quería y á quien en un instante faltó á la fé jurada. El último pensamiento es de una dulzura encantadora, propia de un poeta de primer órden. Sigue el diálogo.

Nat. No parece; y por aquí
me han dicho que el mismo dia
que dejó mi compañía
la vieron venir; y así,
por si esta selva pisare,
para que con lenguas mudas
la informen sus ramas rudas
y en mi fineza repare,
quiero escribir ¡ay de mí!
en aquestos verdes troncos,
del año cuadernos broncos,
TU NATALIO ESTUVO AQUÍ.
Y porque mejor se esculpa
con aqueste acero quiero...

Teo. Señor, deten el acero
que yo... que tú... que mi culpa...
que cuando...

Nat. Temeis en vano. (*)

(*) Calderon en EL MÉDICO DE SU HONRA al ocultarse del marido el galan, hace que este diga:

No he sabido
hasta la ocasion presente
qué es temor «¡oh qué valiente
es en su casa un marido »

Teo. Que no me mateis os pido.
(¡Oh qué fuerte es un marido
con el acero en la mano!
Que no me conoce es llano
por merced del cielo fiel;
mas para temerle cruel
¿qué importa, si le ofendí,
que él no me conozca á mí,
si yo le conozco á él?
Mi miedo á dejarle atiende.)
Nat. (Ya su necio temor toco.)
No temais; no estoy tan loco
que ofenda á quien no me ofende.
En estos troncos pretende
mi amor poner lo que indicia.
Teo. (Voime; que es mucha malicia
estarme aquí, siendo reo,
cuando levantada veo
la vara de la justicia.

Huye Teodora. De repente Natalio ve su afrenta grabada en los árboles por la mano del astuto enemigo del hombre para que su deshonor se divulgue.

Escribir pretendo ahora
en este tronco felice...
pero en su corteza dice:
ADÚLTERA FUÉ TEODORA.
Miente la mano traidora,
que así quiere deslucir
la luz del claro zafir
á que yo constante sigo.
Mas ¡ay! que un tronco es testigo
muy rudo para mentir!
Que á todos los troncos, rara
crueldad! la mano severa
cuenta de mi agravio diera
y que á ninguno dejara!
Mas si en ello se repara,
no era menester grabar
más que en uno mi pesar,

En EL PINTOR DE SU DESHONRA, otro galan en igual trance exclama:
—Seguidme.—Sí haré con harto
temor.—De qué?—De haber visto
la «verdad de cuan valiente
es en su casa un marido»

porque en casos infelices
se juntan por las raices
sólo para murmurar.
Ya el mundo, aunque ahora calla,
sabrá mi desdicha grave:
claro está, pues si la sabe
quien no pudo preguntalla,
ya no podré yo ocultalla;
mas ¿cómo esconder pretendo
mi agravio, si le estoy viendo
por una mano cruel
esculpido en un papel,
que siempre ha de estar creciendo?
¡Qué en la corteza robusta
hallase escrito mi daño,
solamente porque el año
no la muda ni la asusta!
¡Mano aleve! ¡mano injusta!
¿por qué buscaste el cuaderno
más durable y más eterno,
cuando de honor me despojas?
Escribiéraslo en las hojas,
que al fin las borra el invierno.
Huélgome que os maltrataba
con la punta del acero
el vil escultor severo
que mi deshonra grababa.
Vuestras cortezas dejaba
maltratadas y ofendidas
con las letras fementidas
de mi afrenta y su traicion;
mas con la murmuracion
no sentisteis las heridas.
Pedazos os quiero hacer
porque no podais decir...
mas no lo he de conseguir,
y sólo os he de ofender.
Vuestro amigo quiero ser.
No hagais sombra en la tarea
del Sol, porque no se vea
tan clara mi afrenta infame;
porque si hay sombra que llame,
habrá cansancio que lea.
Guárdate, infame Teodora,
de aquesta honrosa locura,

que ya tu grande hermosura
sólo te hace más traidora.
Odio será desde ahora
mi amor, que ya te condena,
á la rigurosa pena
que mi afrenta te señala;
pero... si tú fuiste mala,
¿dónde ha de haber mujer buena?

Hasta aquí aparece Calderon. Seguidamente continúa el drama por otra pluma. Filipo es bandolero con Roberto y otros. Infesta aquellos lugares. Hay una villana, llamada Flora, sobre cuya belleza y facilidad, Morondo, donado ya en el convento tenía pretensiones, contrarias á la virtud de su estado religioso. Toma el demonio el aspecto de un segador y dice á Filipo que Flora, á quien este solicitaba tambien, duerme en un cercano cortijo vestida en hábito de donado para burlarse de él. Con este aviso Filipo sorprende á Teodora; pero esta no se deja vencer y huye. Flora creyéndola varon, se enamora de ella, y viendo inútiles sus intentos de seduccion, hace en venganza creer al Abad que un niño que ella tenía era habido en el Frailecito como llamaba á Teodora. Esta es expulsada del convento y compelida á llevarse al infante. El cielo la auxilia enmedio de sus ultrajes y resignacion, haciendo que una leona recien parida en cierta gruta, adonde se acoje, dé sustento á la criatura. El estilo se asemeja al de Moreto, si bien los de Cáncer y Matos, que con él escribieron varias obras juntamente, suelen tener parecido. Al empezar el tercer acto vuelve á conocerse la pluma de Calderon de la Barca.

III.

El Demonio prosigue maquinando contra Teodora y Natalio y clama en su desesperacion:

¡Oh escóndame el abismo
en los profundos senos de mí mismo! (*)

Natalio, impulsado por el convencimiento de su deshonra, junta deudos y amigos para buscar á los adúlteros y sobre todo al traidor que le robó la esposa y cuyo nombre ignora. (**) Va por el monte donde sospecha que está. Oye una voz que llama á Teodora, y dice:

Que aunque es buscarla mi alivio,
porque en la herida afrentosa
de mi deshonor con ella
se ha de curar, siento ahora
nuevo dolor en la herida;
que de estar en mi deshonra
tanto tiempo sin curarla,
se le ha cerrado la boca;
y para curarla es fuerza
que aquí de nuevo se rompa. (***)

Roberto que hacía vida de bandido con Filipo, declara el nombre del ofensor á Natalio, añadiendo, para más reagravar el delito, que dió muerte á Teodora, y lo dice al parecer indiferentemente, pues el esposo ultrajado oculta su nombre.

Soy como el *médico* ahora
que para no errar la cura,
del instrumento se informa.

. . . .

El veneno, que respiro,
¿cómo el aire no inficiona? (****)

. . . .

Porque aunque quede en su fama

(*) En El Mágico prodigioso, se leen estos versos:
¡Ea, infernal abismo,
desesperado imperio de tí mismo!

(**) Lo mismo sucede á D Juan en El Pintor de su deshonra.

(***) Reminiscencias de El Médico de su honra.

(****) Calderon en el Pintor de su deshonra dice en dos pasajes:
«Inficionando
el «aire» con mis alientos
. . . .
Yo, Don Alvaro, no aliento
sin temer que «inficionado»
«el aire» de los suspiros
de Don Juan encuentre.

el honor, á quien le toca,
no puede hacer que no queden
cenizas de su deshonra. (*)

Seguidamente Natalio, compelido para que declare quien es, no se atreve á proferir su propio nombre y dice:

¡Qué se yo lo que yo soy! (**)

Terminando con estas frases:

Pues si estos efectos todos
cual es la causa pregonan,
espera á verlos, que entónces,
aunque lo ignores ahora,
te explicará mi venganza
lo que no puede mi boca. (***)

Sigue una escena en la portería del convento. Teodora acude á demandar limosna para el niño y Morondo la insulta, jactándose de que ella es un pecador y él un santo. Sale un leon con dos cántaros en unas aguaderas, y Morondo en vez de quitárselos como Teodora le indica, quiere huir poseido de espanto. Esta escena parece toda de Moreto, con recuerdo de los *Dos amantes del Cielo* de Calderon, en que hay otra salida de un leon que acomete al gracioso. Terminada esta escena, oye Teodora desde fuera del convento tocar las campanas para cantar la letanía en el coro por

---

(*) En A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA, se lee:

Mas ¡ay de mí! ha sido engaño
porque bastante no ha sido
la venganza á sepultar
un agravio recibido.

(**) En EL PINTOR DE SU DESHONRA, se lee: (Jord. I.)

—Que aun yo no sé si soy yo.
—No ha de saberse «quien soy»
pues «no soy» miéntras vengado
no esté.

(***) En A SECRETO AGRAVIO, dice:

Mil veces
por vengarse uno atrevido,
por satisfacerse honrado,
publicó su agravio mismo,
porque dijo la venganza
lo que el agravio no dijo.

. . . .
Así el secreto
al agua y fuego lo entrega,
porque el que supo el agravio
sólo la venganza sepa.

los religiosos y ella exclama:

Vírgen, cuyo fruto adoro;
por mi culpa que es notoria
me privasteis de la gloria
de alabaros en el coro.
Allí sus varones píos
aliviaban mis congojas,
y aquí sólo oigo las hojas
de estos árboles sombríos.

Sus deseos son satisfechos. El coro del convento se presenta á sus ojos, durante el rezo y puede ella acompañarlo. Todo desaparece y síguense estas magníficas escenas en que Teodora, preparándose á dejar el mundo, evita que su esposo ejerza una venganza sangrienta sobre Filipo y convence á Filipo para que en penitente vida solicite de Dios el perdon de sus inmensas culpas. Teodora se halla en oracion dentro de su cueva, miéntras acontece lo que se leerá:

Nat. *(Dentro.)*
No se escape de mi saña,
que por el monte vá huyendo.

Rob. *(Dentro.)*
No hará cuando yo le sigo
que sé todos sus secretos.

Nat. *(Dentro.)*
Seguidle.
(Cae Filipo por un despeñadero.)

Fil. ¡Válgame el cielo!

Nat. *(Dentro.)*
Atajadle por la falda
del monte

Fil. Estoy sin aliento.
Cielos ¿qué haré? A mi enemigo
me vendió el traidor Roberto,
movido del interés.
Socorro ninguno tengo,
porque Natalio seguido
de sus parientes y deudos,
buscándome el monte cerca,
cuando yo solo me veo.
¡Oh! válgame el cielo santo,
aunque le invoco en el riesgo

donde es del temor infame
capa el arrepentimiento!
De esta soledad parece
que me encubrirá el secreto
aquí; pero entre el horror
de estas peñas, mal cubierto
de algunas ramas que nacen
de entre sus hendidos senos,
á una escasa luz diviso
de una cueva el hondo centro,
lóbregamente alumbrado
de sus pálidos reflejos;
y en ella un santo varon
en un libro está leyendo
tranquilidad para el mundo,
seguridad para el cielo.

Teo. *(Leyendo.)*
Es la vida una jornada,
que hace el hombre para el cielo:
andamos, cuando vivimos,
partimos, cuando nacemos,
cuando morimos, llegamos,
y descansamos muriendo. (*)

Fil. (¡Válgame Dios! qué á los ojos
mi errada vida estoy viendo!
Si un camino usado á veces
suele errarle un pasajero,
del que se anda una vez sola
quién asegura el acierto?
Mas ya siento á mi enemigo.)

Nat. *(Dentro.)*
No quede en el monte seno
por mirar.

Fil. Este es Natalio.
Aunque interrumpa el sosiego
á este Santo, de él me amparo.

Nat. Por esta parte el intento
de mi venganza me guía.

(*) Este es un recuerdo las sabidas coplas de D. Jorge Manrique:

Este mundo es el camino
para el otro que es jornada
sin parar,
. . . .
Partimos cuando nacemos,
andamos miéntras vivimos,
y allegamos
al tiempo que fenescemos;
así que cuando morimos
descansamos.

Calderon en muchas de sus comedias glosó versos de los poetas del Siglo XV que se leen en el Cancionero á que tenia gran aficion.

Rob. Yo haré que le encuentres presto.
Sin duda que en esta cueva
se ha escondido.

Nat. Entremos dentro.
Mas ¡cielos! ¿qué es lo que miro?
El paso me corta un hielo.
(Tápase la boca de la cueva por donde está Filipo. Suena música.)

Mús. Perdónanos, Señor,
las deudas y pecados,
así como nosotros
las nuestras perdonamos.

Nat. Qué es lo que escucho? Sin duda
que es este aviso del cielo.

Rob. Así agraviado te templas?

Nat. Dices bien: entremos dentro;
y si aquí se esconde, muera.

Teo. Adonde vais? Detenéos.

Nat. Buscando á un traidor.

Leo. (Es mi esposo. ¡Grave empeño
para turbar la quietud
que han menester mis deseos!

Nat. Yo he de buscar á este infiel.

Teo. Pues qué os ha hecho?

Nat. Un agravio.

Teo. Sabeísle vos?

Nat. Sí: yo y él.

Teo. ¿Cómo ha sido?

Nat.. Es tan cruel
que aun no se permite al labio.

Teo. Decidle por si sucede
que yo os temple ese cuidado.

Nat. Pues aunque afrentado quede,
sólo á vos decirse puede.
¡Que á mi esposa me ha robado!

Teo. ¿Qué decís?

Rob. Yo fuí testigo.

Teo. Y sabeis donde está?

Rob. No.

Teo. Vísteislo vos?

Rob. Fué conmigo.

Teo. Pues ¿cómo aquí á vuestro amigo
callais donde la llevó?

Rob. Porque la ha muerto.

Teo. Es engaño.

(A Nat.) Y si os lo enseñára yo
y en vuestra honra el desengaño
os diera, enmendado el daño,
quisierais vengaros?
Nat. No.
Teo. Pues idos á ese convento
vecino á oir una seña,
con que llamaros intento
para verlo.
Nat. El pensamiento
á obedeceros me empeña:
que no sé por qué razon,
apesar de mis enojos,
no os hago contradicion.
Teo. Será que vé el corazon
lo que no pueden los ojos.
Nat. Qué vé?
Teo. Que hay pechos, y aun vos
sabeis acaso de alguno,
que por secretos de Dios
desdichas los hacen dos,
siendo en los afectos uno.
Nat. Somos los dos?
Teo. Lo imagino.
Nat. Nunca seguí vuestras huellas.
Teo. Es que en un mismo camino
aparta impulso divino
lo que juntan las estrellas.
Nat. Pues contra mi mismo agravio
iré donde me ordenó
vuestra voz.
Teo. Creed á mi labio,
que soy en el desagravio
muy interesado yo.
Nat. Qué interesais
Teo. Mi sosiego.
Nat. Cómo?
Teo. Por vos lo he de ver. .
Nat. Por mí?
Teo. Si no estais tan ciego.
Nat. Pues ¿qué me ciega?
Teo. Ese fuego.
Nat. Y os ofende?
Teo. Puede ser.
Nat. Pues quien sois vos?

Teo. Ya imagino,
que olvidan vuestras querellas
que os dije que en un camino
aparta impulso divino
lo que juntan las estrellas.

Retiranse Natalio y Roberto. Filipo sale y creyendo que Teodora es un ermitaño, le dice:

¡O vencedor de mi estrella!
déjame besar tu planta.
porque llegándome á ella,
me comunique su huella
parte de virtud tan santa.

Teo. Levanta, amigo, á lograr...
mas detente.

Fil. ¿Qué me ofreces?

Teo. Postrado estás?

Fil. No hay dudar.

Teo. Pues si te has de levantar,
no lo hagas en dos veces.

Fil. Pues ¿qué haré?

Teo. Sabes tu vida.

Fil. Sé que por estos distritos
la he gastado tan perdida.
que no hay número que mida
la suma de mis delitos.

Teo. Pues si solamente un año
para vivir te faltara
¿qué harías con tal desengaño?

Fil. Para enmendar tanto daño
la penitencia apurára.

Teo. Pues, si eso hiciera el que ahora
un año habría de vivir,
mira qué hará quien ignora,
si esta es la postrera hora
que tiene para morir.

Fil. ¡Oh ceguedad! ¡Oh razon
que el alma me ha penetrado!
¡Afuera, vana ilusion!
¡fuera señas de ambicion!
¡fuera insignias de pecado!
¡Oh cielos! ¿Cómo podré
satisfacer de repente
lo que tanto tiempo erré?
Donde iré ¡cielos! ¿Qué haré?

Teo. ¿De qué te aflijes? Detente.
Fil. De que en mi pecho ignorante,
donde tanta obstinacion
cupo en tiempo, en un instante
no quepa dolor bastante
para la satisfaccion.
Teo. Si cabe.
Fil. No puede ser.
Teo. Si un vaso está lleno acaso
de agua, ¿no se ha de verter
para que pueda caber
otro licor en el vaso?
Pues, si los ciegos distritos
de tu pecho por tu error
están llenos de infinitos,
derrama tú los delitos
y cabrá luego el dolor.
Fil. Pues, padre, sé tú mi guía.
Teo. Ven, si me quieres seguir,
que ántes que te falte el día.
para tí verás salir
á la estrella de María.

Se separan. Ella se siente morir. Cumplida fué la penitencia como cumplidos sus dias. Quiere espirar en el Convento gozando de las prerogativas de la órden. Vacila el Abad, creyendola un pecador hipócrita. Varios villanos acuden en esto y prueban que Morondo y Flora han atribuido sus culpas y hasta los robos de aquel á la que llaman Teodoro. La penitente lanza, vencedora ya definitivamente del espíritu infernal, el postrimer aliento. Llega al Santuario Natalio con sus deudos y amigos, y aparécese en vision Teodora elevándose al cielo. A Filipo de rodillas se ve á sus pies con hábito de penitente. Un ángel declara á todos la causa de lo que están contemplando. Natalio, el ofendido esposo, exclama en estas palabras

¡Cielos, dichosa venganza!

con lo que termina la obra.

IV.

¿Qué puede decirse despues del exámen de ella con copia de sus principales pasajes? Que Calderon y sólo Calderon fué el autor del argumento y de lo que trasladado queda. Siguió á Simon Metafraste en la *Vida de Santa Teodora,* segun dije, esa vida que un elocuente jesuita español ha parafraseado de un modo agradabilísimo. Calderon al tomar el pensamiento procuró convertirlo y lo convirtió en muy dramático. En la vida de la Santa una vieja con sus consejos y ardides la pervierte: en la comedia es el espíritu de las tinieblas quien la atormenta con seducciones, y quien hace que claudique. Allí está la noticia sola de que el esposo habla con la adúltera sin conocerla y aquí pasa el coloquio con aquellas circunstancias de la lucha de Natalio entre su amor que la finge pura y entre los celos que le obligan á creer en el agravio. Para llamar á la esposa inocente quiere grabar en un árbol *Tu Natalio estuvo aquí* y se halla con que en todos los troncos se halla escrita esta frase: *Adúltera fué Teodora.*

Ésta en la vida de Metafraste muere en la gruta y el niño que cría es el que lleva el anuncio al monasterio. El esposo ofendido, sabiendo cual había sido la penitencia y el fin de Teodora, toma el hábito de monje.

En la comedia ella evita que su esposo manche sus manos en la sangre del adúltero y no por amor á éste, sinó por salvar de tal delito á Natalio, última prueba de su conyugal afecto y acto de piedad para que no perezca impenitente el malvado que la perdió con su cariño y que vivía entregado á los crímenes como bandolero.

La redencion de la culpa por la penitencia es el gran pensamiento de esta obra. Natalio procede con más

afecto á su esposa que el Don Gutierre de *El Médico de su honra,* que el Don Lope de *A secreto agravio secreta venganza,* que el Don Juan de *El Pintor de su deshonra,* pero en llegando al punto de la ofensa habla lo mismo que estos celosos maridos y procede como ellos, sólo que al llegar á la ejecucion fuerza superior lo impide.

La Adúltera penitente Santa Teodora se escribió despues de aquellas comedias; es como la solucion cristiana de la culpa. Ciertamente el adulterio se considera por los Santos Padres como una injuria de la naturaleza, (S. Amb. in Hexam.) Así como es inicuo y cruel el que abandona á la mujer casta, así insensato é injusto es el que conserva á su lado á la meretriz. Patrono es de la torpeza el que oculta el crímen de la mujer, (S. Chrysóstomo Sup. Math.) Esta doctrina seguian nuestros predecesores; pero el criterio de leyes y costumbres humanas llevaban á los maridos á sangrientas egecuciones como las que describió Calderon en aquellas obras.

La verdadera, la sacra, la celeste penitencia es en *Santa Teodora* el desagravio del esposo. Sus culpas desaparecen en el aire de sus suspiros y en los torrentes de sus lágrimas. ¿Qué más podía desear el marido ultrajado enmedio de su notoria desdicha?

Si los adúlteros evaden el castigo del marido y el juez, no pueden evadir el del juez de todo el mundo (San Amb. Lib. de Abrah.) Purificada por la penitencia, Dios presenta á Natalio á su esposa, y á sus piés rendido al adúltero con ropas y llanto penitenciales. En los registros de la maldad humana podian continuar escritos la culpa y el agravio: en los del cielo no existian ya. Si el vulgo ignorante creia que Natalio perdonó á su mujer y teniéndola por mal perdonada proseguía en hablar de su culpa, costumbre es suya en no perdonar á aquellos sobre quienes no tiene derecho de perdon ni de castigo. Cuando perdona el que en nombre de Dios puede perdonar, el decir mal del perdonado es hablar contra el perdon y contra el que perdona.

La solucion del agravio en los más famosos dramas de Calderon es al rito de las pasiones de la humanidad: la de *La Adúltera penitente* es la del espíritu cristiano. Por eso si en los unos el génio del poeta vuela á gran altura, pero siempre á vista de la tierra, en *Santa Teodora* se ostenta cercado de una luz inefable á mayor elevacion, sin que la distancia lo haga aparecer pequeño, y sin que aquel resplandor lastime nuestra vista, ántes bien nos enamore con sus portentosos atractivos.

Dirán algunos que penitencias á la manera de Santa Teodora no son posibles á todos. Mas el arrepentimiento y la penitencia tienen tantos caminos fáciles para llegar al perdon, mediando voluntad verdadera y constancia, que el ejemplo de *La Adúltera penitente* en sí mismo, ya que no en los medios, puede ser imitado en la confianza de que Dios buscará al que lo perdió por si no lo sabe hallar.

He aquí todo el pensamiento religioso de esta desconocida obra de Calderon de la Barca.